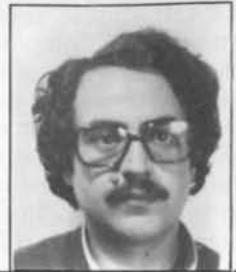


Castilla-La Mancha: ¿Qué Universidad?



PEDRO PABLO NOVILLO CICUENDEZ
(Catedrático de Filosofía)

Hace varios meses, y con motivo de la confección del Estudio de ubicación de la futura Universidad de Castilla-La Mancha, la Comisión Pro-Universidad en la comarca de Alcázar de San Juan afirmaba en el prólogo de su primer trabajo lo siguiente: «Que la Universidad de Castilla-La Mancha es una necesidad insoslayable para completar nuestra Autonomía es algo que —afortunadamente— ya nadie pone en duda». Y añadía: «del mismo modo que se ha convertido ya en algo incuestionable el que la futura Universidad debe ser un instrumento de integración regional y de solidaridad entre los pueblos y provincias castellanomanchegas».

Pues bien, si volvemos sobre el tema de la Universidad es porque aquellas afirmaciones corren hoy el riesgo de verse transformadas en meras ilusiones: se está poniendo en duda la necesidad misma de la Universidad o, al menos, de una Universidad acorde con las necesidades actuales y futuras, y abrigamos el temor de que los proyectos sobre la misma no estén encaminados a hacer de la futura Universidad un instrumento de integración regional.

Pedíamos entonces, y seguimos reclamando ahora, «un debate social riguroso, profundo y participativo», debate aún inexistente y que, al parecer, corre el riesgo de no ver la luz. Es más, ni siquiera contamos con una información pública, clara y veraz de los estudios y proyectos del Gobierno regional. Nos movemos, una vez más, en el terreno de las confidencias, de las informaciones paraoficiales y del rumor.

Y esos rumores, acrecentados con el cese del rector, perfilan un modelo de «Universidad» superdistribuida, con la implantación del Primer ciclo en, al menos, cuatro de nuestras capitales de provincia (quedando excluida Guadalajara), con el reparto del Segundo ciclo en dos capitales y con la inexistencia del Tercer ciclo y,

por tanto, de la investigación. A todo esto habría que añadir que tales rumores apuntan hacia una «Universidad» sin especialidades o, como mucho, con especialidades muy generales y reducidas en número.

Ante esta situación y la posibilidad de que estos proyectos se transformen en realidad, nuestra postura es meridianamente clara: ese modelo no responde ni a la realidad ni a las necesidades de nuestra región, y pone en cuestión la existencia misma de la Universidad del futuro que todos deseamos, porque seguimos afirmando que la Universidad es fundamental para acrecentar la conciencia regional, para hacer región. Y nuevamente se «provincializa», se reparte. ¿Con qué criterios?, ¿en base a qué intereses?

En el estudio a que aludíamos al principio, señalábamos la conveniencia de aprovechar la infraestructura ya existente para el Primer ciclo, y nada tenemos que objetar a que dicho ciclo se distribuya, en principio, en las diversas capitales de provincia. Pero implantarlo *completo* en cada una de las capitales es, a nuestro juicio, una irracionalidad desde el punto de vista político, pedagógico y económico.

Políticamente, el provincialismo se potenciaría en detrimento de la —volvemos a insistir— todavía muy débil conciencia regional. Pedagógicamente, ¿qué quedaría de los Departamentos previstos en la L.R.U.?, ¿cómo se articularía la investigación del profesorado? Económicamente, ¿qué rentabilidad ofrecerían esas Facultades?, ¿cuál sería el coste real por alumno?

A modo de ejemplo, y teniendo en cuenta que el porcentaje de universitarios castellanomanchegos no llega al 2 por 100 sobre el total de la población de la región, el Primer ciclo en cualquier capital de provincia contaría, como máximo, con 2.000 alumnos. Si distribuimos ese número en varias Facultades (¿cuatro o cin-

co?), y éste a su vez en tres cursos, y dentro de cada curso en las diversas especialidades —si es que existen—, el exiguo número de alumnos por curso en comparación con las necesidades de dotación de profesorado nos muestra la irracionalidad económica que el modelo comporta.

No queremos —sobra decirlo— una Universidad masificada, pero tememos que este modelo de dispersión (que sería óptimo en otras circunstancias y para tiempos venideros) sea sencillamente irrealizable por falta de recursos económicos. Pues conviene no olvidar que existen otros niveles educativos, de Educación Preescolar a BUP y FP, con graves e ineludibles urgencias que deberá atender en lo inmediato nuestro Gobierno regional.

Si nos detenemos en los proyectos sobre el Segundo ciclo, la situación se hace aún más incomprensible: se renuncia sin más al campus único, hasta hace bien poco defendido por la formación política hoy mayoritaria. Renuncia que supone, taxativamente, renunciar al sentido más profundo de «universidad», a la viabilidad de la comunicación interdisciplinaria e interfacultades, dificultar la investigación interdepartamental, aumentar innecesariamente los presupuestos, etc. Y sigue persistiendo la pregunta: ¿cuáles son los criterios que se siguen para esta distribución?

Por último, son alarmantes los rumores que hablan de una Universidad sin apenas especialidades, con unas Facultades y Planes de estudios de tipo general, que harían de nuestros futuros titulados unos profesionales «conocedores» de todo y sabedores de nada, con una más que incierta salida profesional en el mercado de trabajo. A no ser, claro, que se intente convertir nuestra Universidad en un centro de formación de profesores de Enseñanzas Medias.

¿Y es posible que no se contemplen ni el Doctorado ni la investigación